

Para ser mejores discípulos y más misioneros, optar por los pobres

P. José María Arnaiz, sm

Resumen

Para ser mejores discípulos y misioneros, objetivo de Aparecida, es indispensable optar por los pobres. Es el mejor aporte que ha hecho la Iglesia de América Latina y del Caribe a la Iglesia universal. Optar por los pobres es componente indispensable para un proceso que lleva a hacerse discípulos y maestros del Señor. La V Conferencia General no puede dejar de hacer esta propuesta. Propuesta que supone: identificar a los últimos, pensar desde los últimos, sentir con los últimos, actuar para los últimos y animarse a ser de los últimos. Este tema, este desafío, tiene que llegar a ser hilo conductor de la propuesta de esta Conferencia General del episcopado.

Para se melhores discípulos e mais missionários, objetivo de Aparecida, é indispensável optar pelos pobres. É o melhor aporte que fez a Igreja da América Latina e do Caribe à Igreja universal. Optar pelos pobres é componente indispensável para um processo que leva a fazer-se discípulo e mestres do Senhor. A V Conferência Geral não pode deixar de fazer esta proposta. Proposta que supõe: identificar os últimos, pensar a partir dos últimos, sentir com os últimos e animar-se a ser dos últimos. Este tema, este desafio, tem que levar a ser fio condutor da proposta desta Conferência Geral do Episcopado.

Hablar de discipulado y de misión es referirse a algo dinámico; es hablar de la nueva propuesta que quiere darse la Iglesia Latinoamericana y del Caribe en la V Conferencia General del Episcopado (VCG). En ella se pretende que los cristianos de este continente seamos más discípulos/as y mejores misioneros/as. Ahí está la clave para ofrecer a esta Iglesia y a esta sociedad lo que más necesita.

Para conseguirlo hay que hacer o revitalizar una lúcida opción por los pobres ya que es “la forma contemporánea del discipulado”.¹ Por eso, es importante ahondar el significado de esta opción, ver su proyección y perfilar las implicaciones que trae en el quehacer de la Iglesia. Como Gustavo Gutiérrez ha repetido insistentemente, esta opción es el aporte más significativo que la Iglesia latinoamericana ha hecho a la Iglesia universal. Por tanto debe marcar la reflexión teológica, la propuesta y el método pastoral de la VCG. Debe colocarse en el punto de partida de todas las propuestas. Para ello, sería bueno que la parábola del buen samaritano fuera el icono bíblico que inspirara estos trabajos y de una lectura atenta de esta página del evangelio naciera el movimiento fuerte de una compasión afectiva y efectiva.

1. COMPONENTE ESENCIAL DEL DISCÍPULO Y DEL MISIONERO

En este tiempo, por todas partes y de maneras diversas se están recordando las exigentes tareas de la VCG. Todas ellas deberían nacer de una gran constatación: la opción por los pobres es parte fundamental del caminar que los cristianos hacen movidos por el Espíritu para seguir las huellas de Jesús. Por eso mismo, podemos afirmar de una manera muy lógica que esta opción es componente esencial del discípulo y del misionero. En la VCG se debe acertar a decir proféticamente que los cristianos de los años que vienen tienen que hacer o reforzar esta opción por el pobre. Dios es el defensor de los últimos y no porque sean justos sino porque son víctimas de una injusticia no debida y que hace mucho mal al que la realiza y, por supuesto, al que la padece.

Para que se entre por ese camino ayudaría mucho, como ya hemos indicado, que el icono bíblico de la VCG fuera la parábola del buen samaritano. Parábola que ha marcado fuertemente la memoria y la praxis cristiana.² El prójimo para los discípulos y los misioneros del continente será el herido, la víctima, el semivivo, el maltratado, el puesto de lado, el excluido, el que está en el lugar periférico, el “sin nombre”, sin calificación, el otro, la persona vejada, el que no-es-ser humano, el último. El prójimo es mi hermano y hermana. La invitación que le llegaría a la Iglesia del continente a partir de este icono sería: a “hacer lo mismo”, a practicar la compasión, la misericordia, a “poner el corazón en el necesitado”; a seguir la impresionante cascada de los verbos que

juntan delicadeza, ternura, atención privilegiada y generosidad: se acercó, le curó con aceite y vino, le vendó las heridas, le montó en su propia cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él.

El prójimo no es la persona con la que coincidimos todos los días sino la persona a cuyo encuentro vamos y entramos en su realidad y con ella caminamos. “Se trata de hacer prójimo al lejano”, al que no está obligatoriamente en nuestros predios geográficos, sociales, culturales o teológicos. De alguna manera se puede decir que no “tenemos” prójimos sino que “los hacemos” a través de iniciativas, gestos o compromisos que nos transforman en cercanos a los otros. “Convertir a los otros en nuestro prójimo nos hace prójimos a nosotros mismos” (Gustavo Gutiérrez). Este aspecto está puesto de relieve por los comportamientos del sacerdote, del levita y del samaritano. Los primeros no se mueven, no se acercan a la persona herida; más aún, se alejan, dan un rodeo. En cambio, el samaritano se aproxima, cambia su recorrido para estar con él.

Lo que le lleva a proceder así y le motiva a actuar es la compasión, su capacidad de amar de una manera concreta. Ahí están los pobres y excluidos moviendo a la Iglesia latinoamericana a una experiencia integral de su fe y moviéndola a la compasión. No hay ninguna duda que esta opción que hace el samaritano, es un componente esencial del discipulado. Por lo mismo, bien podemos evocar las palabras de Puebla: “El servicio de los pobres es la medida privilegiada aunque no excluyente de nuestro seguimiento de Cristo” (P 1146). Son bastan-

tes los protagonistas de esta opción que querrían que la Iglesia fuera llevada de nuevo a la conversión samaritana.

No vamos a detallar todas las tareas que esta misma Iglesia debe realizar en la VCG, pero sí queremos señalar cuál es su primer deber: preocuparse por los pobres, por los últimos/as del continente y del Caribe. Los tiene que identificar bien, pensar desde ellos, sentir con ellos, actuar por ellos y optar por ellos. Así la Iglesia tendrá vida abundante. Bien podemos asegurar que los últimos/as no han elegido el lugar que les toca vivir en la sociedad. No se han excluido ellos mismos. Es la sociedad capitalista de la producción y del consumo la que les ha dejado fuera de la escena porque estorban. Ellos son sus víctimas primeras. La Iglesia tiene que hacer todo para transformar esta situación y para ello su discurso tiene que partir del Padre de todos, del defensor de los pobres, y llegar hasta las incidencias que esta opción tiene en la economía.

2. IDENTIFICAR A LOS ÚLTIMOS/AS

Voy a pedir ahora una participación activa al lector de este artículo. Querría invitarle a que anote lo que se le viene a la mente cuando escucha o lee la palabra “pobres” o, más en concreto, “últimos” de nuestra sociedad. No hace falta que lo que exprese sea políticamente correcto. Basta que le sirva para contrastarlo con lo que se va a decir en este apartado.

Para identificarlos bien conviene trazar el mapa de los últimos/as; situarlos, verlos, calificarlos, contarlos, estar con ellos, acompañarlos, escucharlos. Es

importante ponerles rostro de excluidos y de víctimas de la injusticia y de la marginación, verlos bloqueados en todos los aspectos y sentidos; sufriendo.

Quiero asumir la identificación tan bien hecha por F. Martínez: “Últimos son hoy las personas económicamente pobres, no por opción personal, sino por necesidad o por obligación de hecho, y no solo las personas pobres, sino las personas y los grupos empobrecidos, los que han sido desposeídos o excluidos de toda participación política y marginados socialmente. Últimos son los relegados culturalmente o las personas o los grupos que de hecho se ven privados del acceso a la educación y por consiguiente, se ven, también privados de los beneficios y de las oportunidades que la educación proporciona en la actual carrera social. Éstos últimos, son los jurídicamente indefensos... Últimos son, pues, los pobres, los marginados, los excluidos, los analfabetos, los indocumentados, los inhabilitados por la edad, la enfermedad, el color, la raza, la religión, el sexo..., los que de alguna forma son ‘injusticiados’ en la sociedad actual. Víctimas son todas las personas y los grupos que en el pasado o en el presente han sido o siguen siendo objeto de injusticia. Los ‘ajusticiados’ que en el curso de su vida se han visto privados de una vida digna o simplemente de la vida, víctimas de la injusticia. Y los ‘injusticiados’ que hoy siguen siendo privados de una vida digna, víctimas de la injusticia y la insolidaridad. La condición de víctima añade a la desgracia de ser últimos, la injusticia y la insolidaridad humana... Últimos son los desposeídos económicamente, los excluidos políticamente,

los marginados culturalmente, los indefensos jurídicamente. Honestamente no pretendo pertenecer a ninguna de estas categorías, por más que todas ellas me merezcan todo respeto y demanden de mí una opción decidida a su favor. Una cosa es ser pobre a la fuerza y otra cosa muy distinta, aunque muy meritoria, es optar por los pobres. Una es la situación del último por necesidad, y otra es la situación de quien se hace último por opción. Son situaciones que arrojan experiencias distintas”.³

Después de esta larga cita bien podemos concluir que la humanidad se divide en los últimos/as y en los demás; y algunos de estos “demás” son los primeros. Se trata de no ser de éstos y menos de comportarse como tales pero sí de involucrarlos en la transformación de la realidad. Bien podemos aspirar a intentar ponernos en el lugar de los últimos/as; a situarnos en su horizonte, a tomar su voz, a simpatizar con ellos, a aliviar su sufrimiento, a trabajar por evitar las causas del mismo, a rebelarse como hace A. Camus en “el hombre rebelde”, donde se nos indica que rebelarse no es otra cosa que hacer posible lo que es necesario, denunciar la acción de los que excluyen sistemáticamente, ponerse del lado de las víctimas en un mundo copado por la injusticia. Nos viene bien evocar el pensamiento del Padre Hurtado: Es inútil pensar que vamos a terminar con la pobreza; pero un cristiano no puede dejar de hacer lo más posible para disminuirla. De eso se trata.

Antes de proseguir esta descripción quiero indicar que yo no soy de los últimos/as; no soy de las víctimas. Sin embargo, como la mayor parte de los

lectores de estas páginas, no debemos renunciar a hacer esta reflexión y proponer tareas muy concretas a la Iglesia. Por mi parte, vivo alguna clase de exclusión pero no de las más fuertes. Con todo, espero que no falte en mi discurso la honestidad que le dé credibilidad. Intento que se advierta el afecto que despierta el ver las víctimas de la pobreza; la responsabilidad para hacer algo a fin de que la pobreza absoluta desaparezca y la relativa disminuya; la lucidez para descubrir las verdaderas necesidades de los marginados y la entrega generosa para hacer lo más posible para satisfacerlas. Todo ello, en mi caso nace de la compasión y del tener los ojos abiertos y los oídos atentos en medio de la sociedad que nos toca vivir. Me hace bien recordar que al final “desligado uno de todo sufrimiento y de toda esperanza, incluso los pensamientos verdaderos de los hombres carecen en sí mismos de todo valor” (Max Horkheimer).

La VCG tiene que identificar y poner nombre a los últimos/as de nuestros días y llamarles: ancianos abandonados, mujeres, pobres, excluidos, detenidos injustamente, emigrantes, drogaditos, prostitutas, enfermos sin cuidados, analfabetos, cesantes, indígenas y afro, niños de la calle. La lista es larga pero la realidad la justifica. Los nombres pueden ser aún más diversos. Sabemos que el Antiguo Testamento les llamaba: viudas, huérfanos y extranjeros.

3. PENSAR DESDE LOS ÚLTIMOS/AS

No hay duda que la opción por el pobre tiene dimensiones diversas. La espiritual recoge la experiencia de la irrupción del pobre en nuestra vida que coincide con

la irrupción de Dios leída desde la fe. Sin fe no hay teología.⁴ Desde esa experiencia y por medio de ella hacemos teología; pensamos, nos damos un marco referencial para toda nuestra vida. No hay ninguna duda que el sentido más hondo del compromiso con el pobre es el encuentro con Cristo. Poner juntos esos dos gritos (Medellín) o esos dos rostros (Puebla) y de una manera integrada, lleva a la conversión, pide conversión. Para saber si estamos cerca de Jesús no hay como estar cerca del pobre.⁵ Desde esta conversión pensamos bien.

Nuestro pensamiento de creyentes es teológico; es la expresión de nuestra espiritualidad. Una teología consistente, desde los días de los Santos Padres y en realidad desde un comienzo de la Iglesia, es una espiritualidad que se dice, se interpreta y se propone. Trata de responder así, a situaciones e interrogantes históricos. La espiritualidad es el eje vertebrador de la teología. Ahí está la teología de la liberación (TL) para confirmarlo. Ha brotado de la acción y de la espiritualidad liberadora. Ha tomado poco a poco cuerpo; ha llegado a abarcar nuevos campos. Ha ofrecido motivación y horizonte a la opción por los pobres. Para un buen número de integrantes de la Iglesia la TL ha muerto y bien muerta está; para otros se ha estancado; el entusiasmo de un principio se ha perdido. Para mí es una planta viva que se desarrolla y da frutos maduros porque está pensada desde los excluidos/as. Últimamente ha realizado una crítica revisión, ha sabido sumergirse para brotar de nuevo. No ha desaparecido en el surco. Está dando nuevos brotes. Se está llegando a una comprensión teológica renovada de sus intuicio-

nes fundamentales. Por eso, además de teología se está haciendo proyecto pastoral; además de denuncia, se está haciendo anuncio; además de los pobres de recursos materiales, son sus nuevos destinatarios y sujetos: las mujeres, los indígenas, los afroamericanos, los jóvenes, los movimientos ecológicos, los emigrantes, los condenados a muerte. Todos estos grupos de personas forman parte de los últimos/as. Bien podemos decir que habrá TL mientras haya pobres y personas que acierten a afirmar que su liberación forma parte del núcleo duro del evangelio que anunció Jesús y de la genuina acción salvadora de la Iglesia y sepan decir las implicaciones que esto trae en la vida de los grupos, de las ciudades y de los pueblos.

La buena TL tiene que mostrar, también, que esta propuesta es buena y necesaria para los que no son pobres, para “los primeros”. El cambio de lugar social que nos pide la TL es exigente y beneficioso para todos. Mirando al futuro conviene dejar constancia que la TL lo que más necesita son teólogos de la liberación, hombres y mujeres que comprometan su vida con los pobres de la tierra y que piensen la realidad desde los últimos/as. Es importante, también, que sea fiel a sus intuiciones fundamentales. Entre ellas está el seguir fielmente la dinámica del círculo que va de la vida a la fe y de la fe a la vida. La TL enseña a pensar desde los últimos/as para conseguir que los últimos/as piensen y decidan y puedan dejar de ser excluidos/as. No siempre los que con seriedad y honradez intentamos pensar desde los últimos/as somos realmente últimos ni obtenemos los buenos frutos.⁶ Los últimos/as tantas veces no tienen ni tiempo, ni ga-

nas, ni posibilidades de pensar. Tienen suficiente con decidir cómo calmar el hambre, dónde dormirán en la noche y cómo salir de la miseria.

Y desde los últimos/as se piensa bien. De una manera certera y seria; sin caer en la ideología. Es el lugar religioso por excelencia. Los excluidos/as nos sacan de nosotros mismos, llevan al despojo y al abandono, al misterio; nos llevan a los otros. Dejan el surco abierto y abonado para la trascendencia de la experiencia religiosa. Son lugar de acceso al Dios de Jesucristo. No fue mera casualidad o capricho el que Jesús les diera una preferencia acentuada e incómoda en su mensaje y en su praxis del Reino. Hay un lazo muy profundo entre el meollo de ese mensaje y de esa praxis. Los últimos/as son lugar teológico ya que hay que pasar por ellos para acceder al Dios de Jesucristo que es un Dios “diferente”.

Pensar desde los últimos/as no es pensar que hay últimos, ni siquiera pensar para ellos, y menos pensar por ellos sino algo mucho más profundo y desafiante. Es pensar desde su horizonte y dejar que ese horizonte trastoque el nuestro y lo transforme. Por tanto, la verdadera teología cristiana sólo se puede hacer desde las víctimas, desde los últimos/as y los excluidos/as. Ellos nos llevan al evangelio y a la propuesta evangélica. Teología habrá en la VCG. Para que esté bien hecha es necesario que se elabore por los últimos/as; en ese caso sería espontánea, sapiencial, práctica, meditativa, narrativa, testimonial, breve. Es de esperar, al menos, que quienes hagan esa teología sean voceros de los últimos/as y en su nombre hablen. Así se oirá el eco de su voz.

Se trata de recoger lo mejor de su fe y de su experiencia de Dios; de convertirlo en fuente a la que los participantes de la Conferencia puedan acudir. En el fondo, se trata de colocarse en el lugar exacto en el que el verdadero Dios nos puede ser revelado y nosotros llegar a descubrirlo como buena noticia. Así, sí se evita la idolatría que es más peligrosa que el mismo ateísmo. La cruz de Cristo y la de los hombres y mujeres que conocemos nos aleja de los falsos dioses, de todo atisbo de idolatría. “El sufrimiento y la cruz de las víctimas desestabilizan el cómo pensar y decir Dios; pueblan la teología de cuestiones e interrogantes más que de respuestas y de dogmas...”.⁷

4. SENTIR DESDE LOS ÚLTIMOS/AS

Demos un paso más. Los últimos/as nos deben “remover las entrañas”.⁸ Nos toca sentir con ellos. Nuestro afecto hacia ellos no es neutro ni abstracto. Nace de la compasión y lleva a la compasión. Como muy bien explica Gustavo Gutiérrez es amor humano que se abre al amor divino. La compasión nos hace prójimos y los prójimos, hermanos y hermanas. El amor compasivo, gratuito y exigente de Dios, toma fuerza en la parábola del buen samaritano. Por eso, muchos Padres de la Iglesia ven en el samaritano la figura de Jesucristo. No hay duda que hay situaciones de pobreza que enternecen y conmueven sin dejarnos en el sentimiento y menos en el sentimentalismo. Nos mueven a “hacer lo mismo” y transformar la realidad. Nos llevan a la acción de misericordia, tanto la que toca el alma como la que toca el espíritu.

Es muy distinto movernos por el tener y el apropiarse, por el “dominio” y el poder que movernos por el “pathos” y la *com-pasión*, la *sim-patía* con el sufrimiento de los otros y la solidaridad básica con los seres humanos frágiles, vulnerables, finitos y con los últimos/as de ellos, los privados de la felicidad.⁹ Para E. Düssel, la razón y referencia ética originaria de la persona es la razón paciente y compasiva. El genuino pensamiento para ser plenamente humano tiene que ser compasivo y hacerse cargo de la realidad. El nuestro, debe ser un sufrimiento que nace del sufrimiento de los otros y que nos moviliza por entero. Unimos a los otros lo que hay en nuestro corazón. Es importante dejarse herir en lo más profundo por el dolor, el sufrimiento y las necesidades de los últimos/as. Como muy bien dice M. Horkeimer, mientras haya un último, un excluido ante nuestros ojos, nuestra felicidad tiene que estar teñida de tristeza, de duelo, debe seguir hipotecada.¹⁰

La compasión transforma nuestras vidas. Nos mueve a la acción. Quien se deja herir en lo profundo por la situación de las personas y de los grupos inicia un camino de compasión. Compasión que no es algo puntual, del momento. La compasión es fruto de una opción de vida, que va calando dentro y nos lleva lejos. La compasión no se improvisa; es manifestación del itinerario de humanidad y divinidad fruto del encuentro permanente con el Maestro y Señor. Jesús en el evangelio enseña compasión; en su escuela se aprende compasión. La parábola del buen samaritano es su lección magistral. El prójimo es el que es acogido en el corazón de cada ser hu-

mano que se relaciona con otros como un tú y se hace cargo de los otros.¹¹

La VCG tiene que ser una llamada a la compasión. Compasión es una invitación, como veremos más adelante, a vivir las obras de misericordia; a hacer gestos de misericordia;¹² a ser compasivos y a conseguir que desaparezcan las causas de la exclusión, de la vulnerabilidad. Hacer justicia.

5. ACTUAR DESDE LOS ÚLTIMOS/AS

Y así llegamos a la acción. “Las buenas ideas no caen del cielo”. Mirando los últimos/as y las víctimas se ilumina nuestra inteligencia, se mueve nuestro corazón y nos lanzan a hacer un mundo nuevo (Ap 21,5). Ayudan a salir del engaño idealista. Urge pensar desde los últimos/as para actuar bien para todos. El buen pensamiento y el sentimiento maduro hunden sus raíces en la tierra, en el barro, en la historia. No son inocentes ni se puede pensar ingenuamente. Nos llevan a tomar un camino y a dejar otro. Ayudan a pasar del lamento y de la compasión a lo alternativo que va más allá de lo que solemos hacer. Una cosa es predicar y otra dar trigo. Y trigo hay que dar. Trigo llamamos a la cercanía, la presencia, el servicio, el tiempo, el cuidado y la amistad que damos y recibimos de los pobres. Para que este actuar sea auténtico, generoso, eficaz debe nacer de la conversión. Conversión que nos saca de la indiferencia y nos despierta a la realidad. Nos lleva a una forma de actuar y a un reaccionar transparente; a poner cabeza, corazón y manos para conseguir que “otro mundo sea posible”. El discurso social y político de la Iglesia tiene su originalidad,

pero la ineficacia práctica de su pensamiento social es una de las dificultades reconocidas incluso para el mismo magisterio. Este punto no lo podemos olvidar ni se debe olvidar en Aparecida.

Es indispensable promover la acción sociopolítica y económica.¹³ Se debe desplegar la praxis liberadora. No bastan las medidas asistenciales que palián la pobreza pero no la resuelven. El último, el excluido es un producto social de todo un sistema de injusticia, malas políticas y desacertadas economías. Por eso mismo hay que llegar a hablar de una economía y una política al servicio de la persona. La política supone una concepción adecuada del desarrollo, entendido como un proceso conducente a la ampliación de las opciones de las que disponen las personas. Un desarrollo así, debe ser económicamente sostenible y tener su fundamento en las potencialidades, capacidades y necesidades de las personas. Así el desarrollo se hace solidario. Nuestro discurso se hace concreto y concluye que la compasión de la que hablamos en el apartado anterior o el pensamiento que elabora la teología de la liberación tienen que llevar a proceder y actuar en el campo de la vivienda, del empleo, de la salud y de la educación. Se tiene que levantar la voz para que se produzca más pero sobre todo para que se reparta mejor. El profeta Isaías dice que “los pobres y los indigentes buscan agua y no la hay; su lengua está reseca de sed” (Is 41, 15). El agua existe; pero no se usa para apagar la sed mortal de algunos sino para acumularla egoísta y obsesivamente o para que unos pocos se embriaguen absurdamente. Muchos de éstos no se dan cuenta de que de-

ben dar para que los otros simplemente vivan. En el fondo, la opción por los pobres es para engendrar vida. No olvidemos que la vida de los últimos/as está amenazada. La vida de los pobres y de los excluidos/as nos sigue llamando a estar atentos a la realidad. Nos pide audacia para emprender nuevos caminos y asumir nuevos compromisos. Estos compromisos tienen que ser más claros, firmes y contundentes. Los laicos suelen acertar a formularlos, con alguna frecuencia, mejor que los eclesiásticos. Lo pueden hacer en Aparecida.

La VCG no puede dejar de hacerse la pregunta: ¿qué hacer por los últimos/as? Ni dejar de anticipar una respuesta: restablecer la justicia. Tiene que clamar y clamar para eliminar las condiciones de opresión, injusticia, exclusión, postergación, subdesarrollo, dependencia, sufrimiento y pobreza, en la que se hallan muchas personas en el Continente. Estas acciones son las que hacen que brille nuestra luz delante de las personas y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16). La exclusión se supera con acciones de justicia y éstas deben partir de la persona como individuo o como grupo para llegar hasta la acción institucional. La lucha contra la marginalidad es prioritaria para la Iglesia. En eso no debe confundirse.¹⁴

6. SER DE LOS ÚLTIMOS/AS

Así llegamos a lo más. No hay duda que al leer estas líneas alguno concluya: yo soy de los últimos/as. Otros dirán, con mucha humildad: yo quiero ser de los últimos/as. Por mi parte, al menos quiero ponerme e invitar a ponerse en el lugar de los últimos/as. Quiero optar

por ellos. Quiero recoger sus preguntas más dramáticas, sus protestas más radicales, sus dolores menos compartidos, su urgencia para hacer algo. Hay que movilizar lo mejor del pensamiento humano para hacer propuestas. Para ellos, también, la pobreza es un mal no debido y mucho menos querido por Dios. Dios actúa, por supuesto, a favor del pobre para aliviarlo. La miseria contradice lo que es y desea Dios para la persona humana. El misterio de la vida cristiana y religiosa está en bajar, humanizarse para levantar del polvo al desvalido. La pobreza es alienación y de ella hay que sacar a las personas. ¿Estamos dispuestos y capacitados para sufrir una exclusión de la sociedad? La Vida Religiosa inserta es una opción que va más allá del “para” o del “con” los pobres. Llega al “ser como” los pobres; a hacerse de los últimos/as. Esto convierte a los que lo hacen en símbolo de una gran radicalidad humana y religiosa. Estimula mucha vida. Se traduce en un estilo de vida marcado por la minoridad, la humildad, la sobriedad y la solidaridad, y en la búsqueda y propuesta de alternativas socioeconómicas y políticas.

La VCG tiene que pensar, sentir y mover a la acción por y con los que son los últimos/as del Continente. Sólo así su mensaje será creíble. Es la condición indispensable para que sus palabras sean significativas y fecundas. Con estas reflexiones hemos querido crear inquietud y abrir la puerta a ese indispensable y apasionante, aunque incómodo, horizonte de los últimos/as, en los días y en los protagonistas de la VCG. La llave que nos la abre, es la buena noticia, la esperanza: “La esperanza nos ha sido dada a favor de aquellos que carecen

de ella” (W. Benjamín). Entre ellos nos podemos contar sólo si aceptamos que la esperanza se nos presente como oportunidad, alternativa y posibilidad y si creemos que Dios tiene en sus planes exaltar a los humildes y colmar de bienes a los hambrientos (Lc 1, 50-53). Hace falta que esté en los nuestros.

Está claro que jamás se termina lo que no se inicia. Urge hacer posible lo que es necesario. Si algo es urgente en nuestros días es avanzar en el camino de la solidaridad, del actuar para que los últimos/as dejen de ser excluidos, tengan vida abundante y para ponerse descaradamente del lado de las víctimas. El tema es de excepcional interés e importancia. No se puede esperar a que sea demasiado tarde. “No es tiempo para tratar con Dios cuestiones de poca importancia” (Santa Teresa de Ávila). Está en juego también la suerte de los “verdugos”, de los excluyentes, de los poderosos, de los saciados y de los “primeros/as”. Está en juego la suerte de la humanidad. Las guerras y la violencia no terminarán mientras haya una pobreza que clama al cielo. “La pobreza es una amenaza para la paz” (Mohammed Yunes, Premio Nobel de economía). Mientras sigan en aumento los excluidos/as, el resto de la humanidad, y de una manera especial los cristianos, no debemos darnos por satisfechos en nuestro empeño humanizante y evangelizador. Desde el horizonte de la fe, casi podemos afirmar que está en juego la suerte del Dios en el que creemos los cristianos, ya que está en juego la suerte de su creación y su proyecto sobre la humanidad de la que formamos parte. Está en juego también el camino para ser un buen discípulo y un buen misionero.

En la VCG no pueden faltar los últimos/as. ¿Quién los va a invitar?, ¿qué van a hacer?, ¿qué van a decir?, ¿quién los va a escuchar?, o al menos, ¿quién va a ser su portavoz? Último se siente y pequeño le llama María de Guadalupe a Juan Diego: “Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño, que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la inmediatez, el dueño del cielo, el dueño de la tierra; muchísimo quiero, mucho deseo que aquí le levanten mi casita sagrada” (Nican Mopohua, 25). La pequeñez y “ultimidad” de Juan Diego nos viene bien a todos/as los que intentamos ser mejores discípulos/as y más misioneros/as; a todos/as los que buscamos vida nueva y abundante; nos llevan a la buena fuente. Poner en nuestros labios el canto del Magnificat es otra buena ayuda para conseguir la misma meta. Es el canto de una mujer pobre, fecunda, fiel y feliz, que supo y sabe alumbrar la vida.¹⁵ Ella, pobre, *anawin* de Yavé aprendió de su Hijo, y al pie de la cruz, que la vida viene de la muerte vencida. Todo nuestro servicio al pobre, a la vida tiene sentido si se sitúa desde el horizonte de la vida plena manifestada en la resurrección.

Notas

- ¹ Gregory Baum, *Essays in Critical Theology*, Kansas City, Sheed and Word, 1994, p 67.
- ² Esta sugerencia y varias de las ideas de este comentario están inspiradas en el texto inédito de Gustavo Gutiérrez preparado para la Semana de Vida Consagrada del Perú: *Seguimiento de Jesús y opción por los pobres*.
- ³ MARTÍNEZ DIEZ, F, “Hacer teología desde los últimos/as”, VARIOS, La voz de las víctimas y de los excluidos, Ed. PPC, Madrid, 2002, p 157-158.
- ⁴ L. Boff, “Retorno al “arché” de la teología”, *Alternativas*, 18-19, 2001, pp. 103-135.

- ⁵ “Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda carne que sufre tiene cerca de Dios” (Mons. Romero, 5 febrero 1987).
- ⁶ Con todo estoy de acuerdo con esta fuerte y consistente afirmación de Mathias Nebel: “Mientras no busque (y consiga) la TL un marco analítico macroeconómico y científico, no podrá alcanzar la praxis liberadora que predica. Se destina a acciones de alivio parcial que nunca alcanzan las raíces verdaderas de la pobreza. Pero aún, se engaña en cuanto al fin último de la acción que participa más bien de la conservación del orden actual y no en un cambio cualquiera. Las obras que se inspiran actualmente en la TL tienen más que ver con la caridad de antaño que con la justicia. El pobre león no tiene garras” (Conferencia todavía inédita: La imagen de Dios en la economía, México DF, octubre 2006).
- ⁷ F. Martínez, artículo citado, p 181.
- ⁸ El verbo correspondiente en griego, usado en la parábola del Buen Samaritano, tiene como sujeto a Dios; él se mueve a la compasión; la compasión es uno de los atributos suyos. “Tengo compasión de quien tengo compasión y tengo misericordia de quien tengo misericordia” (Rom 9,15). Jesús se conmueve varias veces sus entrañas ante las miserias humanas (Mt 9,36, Mc 6,34; Lc 10,33).
- ⁹ L. Boff, *Ética planetaria desde el gran Sur*, Trotta, Madrid, 2001, pp 71 ss.
- ¹⁰ M. Horkheimer, “Anhelos de justicia”, *Teoría crítica y religión*, Madrid, Trotta, 2000, p 56, 120, 186 y 216.
- ¹¹ St. León Ordóñez, La compasión vivida nos hace prójimos, “Vete y haz tú lo mismo”, Revista CIRM, México, sept.oct 2006, p 7-13.
- ¹² “He comprendido por qué en la historia contada por Jesús, el sacerdote y el levita dieron un rodeo ante el hombre medio muerto: su corazón estaba atrofiado, insensible, incapacitado para reaccionar ante lo inesperado y liberarse de mecanismos habituales y rutinarios... Va creciendo en mí, lentamente, la intuición que la vida que voy buscando no está vinculada a leyes, templos, ritos, edificios o costumbres sino a esa palabra en la que Jesús puso toda la fuerza de su relato: la compasión. El imperativo que ha dirigido: ‘Haz tú lo mismo’ gravita sobre mí y me debate entre el retomar el mundo ya conocido de mis certezas sacadas de los libros o entrar en contacto con seres humanos de carne y hueso y descubrir que es junto a la gente hundida donde se aprende la vida eterna”. D. Alexandre, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, Congreso Internacional de Vida Consagrada, Ed Claretianas, p 132.
- ¹³ “En conclusión quisiera argumentar que lo que hace falta a estos dos discursos teológicos - el de la doctrina social de la Iglesia y el de la TL, es “entrar en economía”. Ni el uno ni el otro están actualmente equipados para entender, explicar, prever los amplios fenómenos de la producción y distribución de bienes en el mundo moderno. “Entrar en economía” significa aquí dotarse de un marco analítico económico congruente con la revelación; significa entender las teorías macroeconómicas actuales y ser capaz

de entablar un diálogo auténtico con los economistas; significa trabajar para que surja un paradigma de economía normativa que supere el paradigma neoclásico. Estos nuevos paradigmas macroeconómicos existen. Son embrionarios todavía. Necesitan trabajos teóricos, investigación empírica. Necesitan comprobación y difusión. Necesitan de una labor de convencimiento, tanto entre los medios académicos como entre la burocracia gubernamental” (M. Nebel, conferencia citada).

¹⁴ “Vemos más presente a la Iglesia en pugnas culturales, en posiciones valóricas o en discusiones legislativas asociadas principalmente a la moral individual y matrimonial, pero no la vemos

con la misma fuerza y contundencia en la lucha por el Reino de Dios y su justicia. De hecho, el estar con los excluidos hoy es menos popular y practicado y menos estimulado”, Testimonio, *Iglesia, ¿qué haces con los excluidos?*, Benito Baranda, nov dic 2004, p 42.

¹⁵ “En el Magnificat se manifiesta cómo para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la ‘alienación’, como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios ‘ensalza a los humildes’ y si es el caso ‘derriba a los potentados de sus tronos’ (Juan Pablo II Homilía Zapopan 4 AAS LXXI, p 230)” (Puebla n 297).

